Ciclo C

Oración

Domingo 29 del tiempo ordinario

Lucas 18, 1-8: *Dios hará justicia a sus elegidos que le gritan*

Les decía una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer. «Había un juez en una ciudad, que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres. Había en aquella ciudad una viuda que, acudiendo a él, le dijo: "¡Hazme justicia contra mi adversario!" Durante mucho tiempo no quiso, pero después se dijo a sí mismo: "Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, como esta viuda me causa molestias, le voy a hacer justicia para que no venga continuamente a importunarme."» Dijo, pues, el Señor: «Oíd lo que dice el juez injusto; y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que están clamando a él día y noche, y les hace esperar? Os digo que les hará justicia pronto. Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?»

Reflexión

1. El Evangelio, así como la primera lectura de hoy (Éxodo 17,8-13), llaman nuestra atención sobre la eficiencia de la oración perseverante. En la lectura del Antiguo Testamento Dios hace triunfar al ejército israelita por medio de la intercesión de Moisés durante toda la batalla. En el Evangelio, Jesús nos enseña la necesidad de orar sin desfallecer, por medio de la parábola del juez y la viuda.

Porque si ya un juez inicuo hace justicia a la viuda para que deje de importunarlo, cuánto más Dios, que es justo, escuchará a los ruegos de sus elegidos. Me parece que estos textos nos invitan a reflexionar, un poco, sobre nuestra vida de oración.

2. No se puede separar nuestro rezar de nuestra vida cristiana; siempre van juntos. San Agustín expresa esta relación interior entre vida de oración y vida cristiana de la siguiente manera: “Quien reza bien, vive bien”. Y por el contrario se puede decir: Quien reza mal, vive mal. También Santa Teresa, explica: “Para mí siempre es lo mismo: rezar y encontrar el camino hacia Dios”. Quien, por eso, no reza, no encontrará nunca el camino hacia Dios. Así entendemos, por qué muchos de nuestros contemporáneos no viven como cristianos, no tienen una relación personal con Dios. Ellos no se esfuerzan por orar. A estos hombres, San Alfonso les dice una palabra muy dura: “Quien no reza, quien deja de rezar, no debe ser condenado, porque ya está condenado”. Aún cuando no perdamos nunca la esperanza de salvación para esos hombres, sin embargo sentimos que la oración es absolutamente necesaria para un cristiano vital.

3. ¿Qué es, pues, rezar? Rezar, simplemente dicho, es hablar personalmente con Dios, hablar de persona a persona con Él. Nuestra oración es impersonal, cuando sólo es una repetición sin reflexión, cuando sólo es un mover de los labios, cuando no hay interés interior en lo que decimos exteriormente.

Así dice Isaías: *"Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí".* (Is 29,13 - Mt 15,8)

Rezar personalmente, por el contrario, es tener un diálogo con Dios, una intercomunicación vital entre Dios y yo. Hablo con Él, como con una querida persona humana; hablo sobre mis intereses personales y familiares, y también sobre los intereses de Dios. Todo lo que personalmente experimento, siento, deseo, sufro; todo se lo digo a Él. De tal manera me uno a Dios en la oración con todo mi ser, toda mi vida, toda mi alegría, todos mis problemas. Así nuestro orar quiere ser como un hablar con toda naturalidad, o como nos enseña Santa Teresita - un "charlar espontáneamente" con el Dios personal.

Rezar, en este sentido, toma al hombre entero, sobre todo su corazón. Porque la oración verdadera se entiende también como un diálogo de corazón entre Dios y el hombre. Hay un proverbio que dice: Mejor es rezar con mucho corazón y pocas palabras, que con muchas palabras y poco corazón. Porque rezar con el corazón es signo de un amor maduro y de una vinculación profunda a Dios.

Y a medida que el amor se vuelve más profundo, menos necesita de gestos y palabras para expresarse. Necesita cada vez más la tranquilidad, para mirar simplemente, para amar en silencio.

4. Tal vez creamos que no tenemos tiempo orar. Pero no falta el tiempo sino la estimación de Dios. Porque tenemos tiempo para todo lo que nos parece importante: para el diario, para el deporte, para una fiesta, y que sé yo. No tenemos tiempo para Dios porque Él no es importante, no tiene mucho valor para nosotros. Como cada amistad también nuestra amistad con Dios exige un poco de tiempo, un poco de atención, un poco de cuidado. Si no hay amistad y no hay Dios para nosotros: somos, en el fondo, ateos.

5. Quizás no sepamos rezar. Sabemos charlar con nuestros amigos, nuestros compañeros horas y horas. Pero no sabemos hablar, charlar con Dios ni siquiera unos pocos minutos por día.

Cuanto más sencilla y filial es nuestra oración, tanto más gusta a Dios. Dios busca al hombre simple, que habla con Él, como un niño con su padre. La filialidad, actitud fundamental del ser humano ante Dios, es también la actitud en la oración ante Dios.

¿Por que no oramos como un niño? El no dice mucho, repite lo mismo, por largo tiempo. Así rezaba Cristo, así rezaba María.

Cuando así queremos rezar el Padre nuestro, en el fondo es suficiente decir sólo "Padre", con todo el sentido que encierra la palabra, porque todo está incluido en ella. Él es mi Padre y yo soy su verdadero hijo. Con todo su amor paternal me mira, me conduce, me cuida.

Meditando, rezando, hablando y charlando así con Dios, mi oración me da mucha alegría y será eficiente.

¿Qué hemos de hacer para que nuestra oración sea eficiente?

6. La Biblia y los maestros de la vida religiosa nos indican tres condiciones para que la oración sea eficiente: debe ser hecha con humildad, confianza y perseverancia.

La humildad o filialidad como actitud fundamental ante Dios hace, sobre todo, eficaz nuestra oración suplicante. Porque Dios-Padre no puede resistir a la debilidad conocida y reconocida por sus hijos. El ejemplo del publicano y del fariseo, que vamos a oír en el evangelio del próximo Domingo, nos lo manifiesta claramente: El publicano queda amigo de Dios; el fariseo alejado de Dios.

Unida con la humildad va la confianza. Jesús mismo nos la enseña en sus despedidas: *"En verdad os digo, que todo la que pidáis al Padre os la concederá en mi hombre. Pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa".* (Jn 16,23f).

La perseverancia en el orar, pero conjuntamente con la humildad y la confianza, nos la muestra la viuda en el Evangelio de hoy. Jesucristo nos la da como ejemplo del rezar, y rogar.

Así entendemos que la oración forma el centro vital del cristiano, del cristiano que reza con humildad, confianza y perseverancia.

7. Queridos hermanos: estamos celebrando la Eucaristía. Unidos con Cristo ofrecemos al Padre su sacrifico y nuestro sacrificio. Es la oración más importante y decisiva al Padre.

Roguemos, por esto, al Señor diciéndole: Señor, enséñanos a orar, a ofrecerte al Padre, y ofrecernos también a nosotros al Padre, como Tú, por la salvación de nuestros hermanos.

¡Qué así sea!
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt